La Revelación

Perspectivas bíblicas

1. La Revelación como Palabra

*“Dios puede hacer accesible su propia identidad al hombre mediante la palabra” (*Baena, Fenomenología de la Revelación, 215).

Según Gn 1,1s, el primer acto de Dios en la creación fue a través de su palabra. De ahí que la relación acto – palabra sea determinante a la hora de entender cómo es que Dios se revela.

Von Rad, por su parte, dice que *“Dios ha irrumpido en nuestro mundo de hombres con su palabra y con su acción. Por eso, Israel siempre supo que Dios estaba allí, y por eso su seguridad nunca pudo desmoronarse, incluso en las ocasiones en que la imagen de Dios se le oscurecía y adquiría rasgos de una dureza incomprensible”* . *Dios se hace presente en Israel a través de su palabra, pero ésta a su vez se convierte en acción y va dirigiendo al pueblo hacia su voluntad”.* Esto no quiere decir que Dios revela “cosas”, su “querer” o sus “deseos”; Dios se revela a sí mismo. En palabras del P. Baena*: “la revelación es la autocomunicación de Dios en su intimidad a la intimidad del hombre”* . Y es que finalmente esta voluntad es la misma salvación.

Ahora bien, cuando Dios habla, ¿a quién le habla? En palabras de Feuerbach, *“Dios habla en un lenguaje humano con representaciones humanas*” , de ahí que la revelación se adapta al proceso captativo del hombre. Pero, aunque el relato bíblico de la creación inaugure este hablar de Dios con un primer hombre llamado Adán, que representa al ser humano, podemos indicar como punto de partida de este hablar al hombre en Abrahán, que comienza un itinerario de fe que dará como fruto un pueblo que surgirá de sus entrañas y será para él su pueblo escogido.

Según Schreiner, “en el Antiguo Testamento descubrimos dos tipos fundamentales de palabra de Dios: las palabras del Señor en la alianza y la palabra del Señor profética. Lo que tienen en común estas dos palabras de Dios es que llegan al pueblo por un mediador.

Esta Palabra es narrativa y explica brevemente la salvación ya realizada (cf. Ex 19,4; Jos 24,2-13). Esta palabra tiene como **sujeto** a Dios, protagonista de la historia, como **contenido** la salvación y como **objeto** al pueblo. Es una palabra que interpreta las acciones divinas como acciones salvadoras y revela el sentido de la historia.

Dentro de esta Palabra encontramos también una segunda palabra que se suele llamar en plural “las diez palabras”. En estas palabras tan imperativas se revela Dios como señor, el pueblo como súbdito, la libertad como responsabilidad, es decir, revelan a Dios y al hombre frente a Dios.

En la palabra profética, en cambio, se advierte el predominio del singular “palabra” frente al plural de “las palabras” de la alianza (“Se me dirigió la palabra de Yahvé, diciendo” cf. Jr 1, 4). Esto dice que la palabra profética es más individual, más ligada a la situación concreta. Esta palabra profética también tiene una función teológica interpretativa de la historia, muestra el protagonismo de Dios y la fuerza salvadora de dicha historia. Así la palabra profética **revela a Dios en acción**, **revela el sentido de la acción histórica de los hombres movidos por Dios**, de modo que la palabra profética sobre la historia mantiene una continuidad, acumula una revelación.

2. La Revelación como encuentro.

“Dios solo puede revelarse al hombre, tanto cuanto este se encuentre, en sí mismo, en condiciones de capacidad para conocer y acoger tal revelación”
(Baena, Fenomenología de la Revelación, 225).

Ninguna prueba de la existencia de Dios ofrece una certeza satisfactoria, excepto la revelación. Dios se ha revelado, se ha demostrado a sí mismo. ¿Quién puede dudar? La certeza de la existencia está en la certeza de la revelación. Un Dios que es simplemente, sin manifestarse, es un Dios abstracto, imaginado, subjetivo: sólo un Dios que me pone por sí mismo en su conocimiento es un Dios que existe realmente, que se ratifica como existente, es un Dios objetivo. Y es esta certeza la que le permite al creyente salir al encuentro de Dios.

Pero, ¿qué pasaría si ese Dios que a veces consideramos tan lejano estuviera verdaderamente cercano? Esto anularía cualquier excusa de la falta de voluntad del hombre y posibilitaría más un encuentro definitivo con ese Dios que sale a su encuentro y no estaría ese hombre en una búsqueda incesante y a veces infructuosa que le lleva al absurdo, al sin sentido. En palabras de Von Rad: “todos nuestros esfuerzos son, desde un principio, inútiles si no nos entendemos a nosotros mismos, desde la perspectiva de Dios” . Continúa: “el hombre no puede encontrar un descanso para su espíritu o, en términos más modernos, una sensación de seguridad, si sólo confía en este mundo y no lo busca en Dios”.

Von Rad, ante esta misma necesidad de encuentro entre el Dios que habla y el hombre que recibe su palabra y su acción, nos dice que ante la revelación “el hombre de hoy reacciona de dos maneras. Si se trata de un hombre culto, que se preocupa seriamente por conocer cada día más sus posibilidades internas y el mundo exterior en que se mueve, la pregunta por la realidad de Dios puede resultarle molesta y hasta perturbadora. Y si apenas se conoce a sí mismo ¿cómo va a conocer a Dios?

Lo anterior nos deja un panorama poco esperanzador, pues pone al hombre en desventaja, ante una relación desigual, pues el hombre siempre se va a ser limitado, finito. Pero Dios, en su infinito amor y misericordia, conociendo los temores que le aquejan a este hombre y su fragilidad, es quien toma la iniciativa y pone todos los medios que posibiliten este encuentro. **Al hombre sólo le corresponde dejarse encontrar, dejarse llevar al desierto y dejarse seducir, pues lo que hace a Dios ser Dios, es el encuentro íntimo y verdadero con su creatura**, así como lo que hace a un padre ser padre es la existencia de un hijo y la relación "paternal" que establezca con él.

3. La Revelación como Testimonio

“Todo ser humano de cualquier momento de la historia (…) está necesariamente sumergido dentro de una larga historia tradicional cultural. Por esta misma razón la interpretación de toda experiencia humana (…) está inevitablemente condicionada por esta historia tradicional interpretativa”
(Baena, Fenomenología de la Revelación, 234).

Según Mysterium Salutis “hay que interrogar al Antiguo Testamento no sólo acerca del contenido de sus afirmaciones como creación, elección, alianza, gracia, pecado (…) para valorar estas afirmaciones en el desarrollo de la revelación total. También la **manera formal** bajo la que **el testimonio** veterotestamentario aparece, se transmite (…) puede ser de gran importancia para la teología” y en este caso, para entender **la forma en la que Dios se revela y cómo la capta el pueblo de Israel**. En este tercer punto, entonces, nos ocuparemos de la forma en la que se ha transmitido esta experiencia de Dios, esta revelación de Dios a la intimidad del hombre luego de haber tenido lugar el encuentro.

Según Weiser “la recapitulación de la historia de la salvación en el culto da una actualización real del acontecimiento de la salvación” . “La comunidad cultual al escuchar la presentación histórico-salvífica, encuentra al Dios de esta historia de salvación y vuelve a ser consciente, inmediata y ‘sacramentalmente’ de su propio fin.

Pero, lo que hace que estos hombres que han tenido una experiencia personal con ese Dios que les habla, se congreguen para compartir esta experiencia y a la vez la celebren de manera cultual, no sólo como un acontecimiento del pasado sino con una experiencia siempre actual y vinculante, es a lo que llamaremos **testimonio**. Cada uno de ellos se convierte en testigo del acontecimiento Dios, de lo que Dios ha hecho con ellos y con su historia. Este testimonio a su vez está cargado de salvación, contiene de una manera especial la revelación.

Para el hombre occidental, acostumbrado a tener de primera mano e inmediatamente la información que requiere, la manera en que funciona esta forma de transmisión de las comunidades orientales no le será satisfactoria ni suficiente. En palabras de Brueggemann “tenemos pocos recursos para recuperar lo que ‘ocurrió’ y aún menos para recuperar ‘lo que es’, por lo que tales temas deben quedar en suspenso, pendientes de la credibilidad y persuasión de la declaración de Israel, de la que todo depende” . Esta declaración de Israel es la encontramos plasmada en los relatos bíblicos.

Este testigo tiene el poder de crear una nueva situación o cambiar una circunstancia que no existía anteriormente a él . Como indicamos anteriormente, en la forma imperativa en la que Dios se presenta y en la forma como se materializa esta acción, Yahvé es designado de forma diversa con muchos títulos y metáforas, y es por lo general sujeto del verbo activo. Así la afirmación característica del testimonio de Israel es que Yahvé es un agente activo, sujeto de un verbo activo, por lo que el testimonio afirma que Yahvé, el Dios de Israel, ha obrado de una forma decisiva y transformadora.

El Nuevo Testamento ha intentado conservar este mismo testimonio, y no sólo eso, ha reforzado la veracidad de este actuar de Dios al afirmar que todas las promesas de Dios a Israel han tenido su plenitud en el Hijo, en el Dios hecho hombre, en Jesús de Nazarteth, él es el testigo fiel y veraz de Dios (cf. Ap 19,11).

Este es ahora el testimonio que la comunidad primitiva conservará y sobre el cual pondrán toda su esperanza de salvación, pues sólo se testimonia lo que se ha visto, oído, tocado o experimentado. Y, aunque como lo ilustra muy bien el prólogo de Lucas y el epílogo de Juan, y como lo explicamos anteriormente, no todos los testigos son ‘oculares’ o contemporáneos al acontecimiento, y aún así su testimonio contiene la veracidad de la fe en la actuación de Dios en su historia personal y en general en la historia de salvación.